

# EDITORIAL

*Hélice* se desarrolla orgánicamente, como un árbol. Con el tiempo echa nuevas ramas, mientras otras caen o, más bien, quedan en hibernación hasta que pueden volver a florecer. Así ha ocurrido, por ejemplo, con la sección de entrevistas centradas en la literatura, en los escritores y en sus ideas, al hilo de su propia obra o de la de otros. Tras ejemplos memorables como una de las últimas entrevistas que se le pudo a hacer a la gran dama de la ciencia ficción y la fantasía épica, Ursula K. Le Guin, diversas circunstancias ajenas a la voluntad de los editores impidieron mantener esta sección. Por fortuna, y gracias al entusiasmo de una joven investigadora, Laura Luque i Brugué, hemos podido recuperar esta sección con una entrevista suya a Rin Chupeco, quien se explaya con rigor, inteligencia y conciencia literaria sobre su obra fantástica, la cual introduce notas muy originales en la ficción en lengua inglesa, entre otras cosas, gracias a su enraizamiento en su Filipinas natal. Aunque no goza de la fama internacional que probablemente merece (por ejemplo, no existen todavía traducciones al castellano de su obra), dar a conocer sus opiniones en *Hélice* honra a nuestra revista y, además, contribuye a su propósito de aportar al estudio de la ficción especulativa en sentido amplio un cosmopolitismo real, no solo por el origen y la ambientación exóticas de su producción, como sería en el caso de Chupeco (quien escribe en inglés), sino también por algo más decisivo, como sería la atención prestada a las literaturas en lenguas distintas a la inglesa.

A este respecto, nos consta que es el deseo de ampliar los horizontes de la recepción más allá del casi monopolio actual del inglés lo que lleva a Mariano Martín Rodríguez a asumir la

tarea de traducir de las lenguas que conoce a la suya propia (el castellano) lo más que puede de textos de géneros especulativos diversos en sus temas y formas, número tras número de *Hélice*. En el presente, ha interrumpido su serie de pares panlatinos por mor de la variedad y ha intentado refutar mediante las obras traducidas y los estudios que las preceden varios tópicos de los estudios literarios que, en su opinión, son falsos. Por ejemplo, demuestra que la forma lírica o, al menos, poética breve está abierta a veces a la visión creadora de mundos ficticios de muy diferente índole, sin excluir los de la fantasía épica, que pueden caber incluso en un soneto. Otro lugar común falso es que la ficción de dictador es algo meramente hispánico. Su estudio de un curioso texto francés en forma prescriptiva de Alexandre Dumas pretende demostrar que, si bien la ambientación sí es hispánica, el castellano no es el único idioma de escritura de la ficción de dictador; es más, ni siquiera fueron hispanos y, menos aún hispanoamericanos quien crearon tal especie de «distopía castiza». La traducción por Javier Pacios de aquel texto de Dumas, una constitución de un país imaginario de la América llamada latina, así lo demuestra con hechos.

Las otras traducciones hechas o introducidas por Mariano Martín Rodríguez en la sección de Recuperados del presente número no tienen tal afán reivindicativo. Se limitan a dar a conocer, también en la lengua original por no estar en línea ni haberse reeditado, dos obras breves, una española en catalán de Apel·les Mestres y otra brasileña en portugués de Coelho Neto, como ejemplos interesantes de la fantasía y la ciencia ficción tempranas,

respectivamente. Al mismo propósito de dar a conocer obras pioneras poco conocidas corresponde también la traducción al inglés por Álvaro Piñero González de una curiosa toposía decimonónica del español Antonio Flores, en la que la que hace de un gigantesco hotel automatizado constituye uno de los primeros ejemplos de descripción de un edificio futurista en la literatura.

A estas traducciones se suman dos del checo, hechas por Carleton Bulkin. Se trata de dos ficciones científicas que ilustran sendas tradiciones en el desarrollo de su género. Por ejemplo, tenemos la escrita por autores no especializados con ánimo admonitorio o satírico y forma literaria ambiciosa y a veces innovadora, tal y como se observa en «-1» de Jiří Haussmann, un escritor izquierdista que se burla de los convencionalismos sociales en una historia del mundo al revés que tiene la originalidad, por una parte, de basarse en una premisa económica y, por otra, de estar escrita empleando el discurso historiográfico. A su lado, no brilla por su complejidad temática o estilística el relato de Miloslav Breuer, el cual se ajusta en todo, incluso en su cronología, a la escritura de los *pulps* americanos anteriores a la llamada Golden Age de la ciencia ficción. El hecho de que el autor escribiera su cuento en checo, en el ambiente de la comunidad emigrada a los Estados Unidos, destaca como excepción y sirve al menos para completar la obra de su autor en inglés, la lengua en que escribió su mayor número de *pulps*.

Por lo demás, la literatura no está solo hecha de cumbres. Si solo leyéramos a los grandes autores del canon, a las supuestas cimas de cada literatura, nos privaríamos de conocer obras curiosas que, además, suelen ser más agradables a la lectura de lo que sospecharíamos. Así ocurre, por ejemplo, con el relato bastante breve rescatado en Toledo en forma de un agradable

librillo que reseña Mariano Martín Rodríguez, señalando sobre todo lo extraordinario de un viaje a la Luna de carácter ficciocientífico publicado en un momento en que no abundaban precisamente ni en la literatura española ni en otras muchas, al menos con la atención especulativa que presta el autor, Abdón de Paz, a la descripción de la civilización de los habitantes de nuestro satélite, sin omitir siquiera sus mitos, que el autor inventa de forma novedosa para su época. Además, se atreve a hacer partir a su viajero lunar de Polán, el pueblecito natal del autor, situado cerca de Toledo. Con ello parece decirnos que no hace falta creer que todo lo tecnológico y lo innovador son posibles tan solo en los grandes centros imperiales de ayer y hoy, empezando por los Estados Unidos. En cualquier sitio es posible pensar y configurar el futuro, al menos en el ámbito de la ficción, incluso allí donde no nos esperaríamos más que historias rurales.

La ficción especulativa, sin excluir la científica, aparece allí donde los escritores se interesan por ellas y lo hace hasta en las lenguas más peregrinas. Así lo demuestra el autor de esta reseña al resumir en la sección de Miscelánea la historia de la literatura fantástica y especulativa en romanche, la lengua románica menos hablada. Sorprenderá a más de uno que tan pocos hablantes, limitados además a unos cuantos valles alpinos y sin ninguna ciudad grande en su territorio lingüístico, hayan producido tal variedad de fantasía hasta la actualidad y que no falten siquiera obras comparables a las mejores internacionales en su género. Las causas de tal riqueza son difíciles de explicar, pero sugieren en cualquier caso que debe haber otras pequeñas lenguas igualmente dotadas, pero que desconocemos a falta de traducciones y así nos quedamos en ayunas, por ejemplo, de grandes novelas de ciencia ficción temprana que sabemos que existen en esloveno o húngaro,

pero que solo pueden leerse por el momento en esos idiomas.

Son las traducciones las que nos permitirán escapar del monopolio casi absoluto de la producción en lengua inglesa, a la cual se traduce demasiado poco, aunque todos seamos conscientes de que, hoy en día, sería la manera más fácil de saber y disfrutar lo que se escribe, por ejemplo, en urdu. Por eso celebramos que un relato en ese idioma hablado por decenas de millones de personas tenga versión inglesa y, además, haya sido estudiado con rigor por Athira Unni en su ensayo «The Sea is Alive: Navigating Waterscapes in South Asian Speculative Fiction», recogido en la sección de Reflexiones del presente número de *Hélice*. Aunque los otros dos relatos comentados están escritos originalmente en inglés, el estudio entero sirve para observar la manera en que la cultura o, al menos, la literatura del subcontinente indio refleja las preocupaciones ecologistas actuales por el medio ambiente de nuestro planeta y aporta una visión alternativa a los planteamientos occidentales *globalizados* que tendemos a creer únicos, simplemente porque rara vez tenemos la oportunidad de escuchar otras voces que no sean las nuestras.

Estas voces diferentes no tienen por qué ser tan solo las de otros habitantes humanos de la Tierra. Otras Reflexiones de este número abogan, mediante la ficción, por aceptar la naturaleza en sus propios términos, aceptándola tal y como es, aunque no nos sirva e incluso nos sea hostil. Igual que, según la teología cristiana, ha de amarse a Dios por su esencia misma y no por la recompensa que nos pueda conceder por su adoración, Misha Grifka Wander propone algo similar frente a la naturaleza en su ensayo «Without Water: Valuing the Wasteland» mediante un amplio y convincente comentario de una narración de KJ Kabza. En ella se ilustra ese principio mediante la relación que

mantienen unos colonos humanos con un planeta completamente seco y estéril, a pesar de lo cual algunos de aquellos alcanzan una comunión casi mística con ese entorno hostil a la vida humana.

Esta actitud contrasta con el antropocentrismo que se manifiesta, por ejemplo, a través de la resistencia a reconocer que los seres humanos no son superiores a la naturaleza, ni siquiera por la inteligencia que supuestamente los distingue, y no siempre, de otras especies de la Tierra, tales como los árboles y los hongos que prosperan en simbiosis con ellos, aportándoles redes de comunicación. Esta resistencia se observa frente a una científica que choca con la institución oficial, dominada por los varones, tanto por su condición de mujer como por sus ideas y sus investigaciones sobre la inteligencia y la comunidad vegetales, son las que cuenta la obra objeto del ensayo de Kayla Kruse West titulado «She Has Gone to Seed: The Ecofeminist Landscape in Richard Powers' *The Overstory*». En este artículo se demuestra la pertinencia científica y moral de esa investigación, tal y como Powers la presenta en su novela, que parece combinar la ficción histórica y la especulativa, desde una perspectiva ecofeminista. Esta última nos podría parecer ahí algo exagerada, porque la explotación abusiva de la naturaleza no tiene sexo, y tampoco han faltado varones que han hablado de los árboles y los bosques como una «comunidad». Así lo habían hecho escritores amantes de la naturaleza y cuya sensibilidad les permitió observar ese hecho antes de que los investigadores profesionales lo demostraran según el método científico. Quien lea la traducción del ensayo romanche de Sep Mudest Nay sobre la vida del bosque, que publicamos en el número 29 de *Hélice*, sabrá de qué hablamos. Dicho esto, no hay que olvidar que West no hace sino estudiar la novela ateniéndose a los principios en que

se funda esta, y lo hace de manera rigurosa y ejemplar.

Algo parecido puede decirse de «Of Posthuman Dragons and Sympoietic Solarities: An Ecocritical Analysis of the Figure of the Dragon in Early Solarpunk», de Alejandro Rivero-Vadillo. El movimiento *solarpunk* es bastante reciente y carece aún de estudios profundos sobre sus características. Esta laguna la colma de sobra Rivero-Vadillo al proponer un estudio muy bien razonado sobre lo que significa el *solarpunk* desde el punto de vista de la ciencia ficción de tendencia ecologista y anticapitalista que tanto abunda en nuestros días. El autor del artículo procede a un análisis político e ideológico del *solarpunk*, sin omitir sus problemas y contradicciones, pero no olvida tampoco su dimensión literaria. A este respecto, nos parece especialmente interesante que haya elegido para comentarlos dos relatos que introducen la figura fantástica del dragón en universos que parecen más bien propios de la ficción científica. Aparte de las atinadas observaciones sobre los dragones como especie en que lo animal y lo humano son indistinguibles y lo que ello supone para un replanteamiento de nuestra relación con la naturaleza y el mundo (si hacemos abstracción, claro está, del hecho de que tal especie no existe materialmente, que sepamos), Rivero-Vadillo señala también que tales relatos superan, mediante su hibridación, las distinciones entre la ciencia ficción y la fantasía.

Este mestizaje de modalidades ficcionales no impide, sin embargo, reconocer que, si entendemos que existe una hibridación, es porque sabemos que hay dos entes distintos que se han combinado. De lo contrario, no habría conciencia de mezcla, y esta conciencia ya existe, pues solemos entender sin grandes dificultades que la ficción de la ciencia no es lo mismo que la ficción de la magia. Por eso sigue

siendo pertinente estudiar, pese a excepciones como las comentadas en el artículo de Rivero-Vadillo, lo que caracteriza propiamente a cada una de esas clases de ficción, así como a otras modalidades de la literatura que los franceses llaman de «lo imaginario» (*l'imaginaire*). Como la preferencia académica actual por el estudio de la ideología de las obras ha hecho que se descuide demasiado a menudo su análisis narratológico, es de agradecer que siga habiendo estudiosos que se preocupen, por ejemplo, por dilucidar lo que es la fantasía épica o alta fantasía (*high fantasy*) y de distinguirla de otras manifestaciones ficticias de *lo imaginario*, al efecto de comprenderla mejor y de disfrutarla con mayor conocimiento de causa. Esta es la tarea que acomete Daniel Lumbreras Martínez en «Las alturas de la fantasía: consideraciones para una distinción genérica» con valentía y, no pocas veces, con acierto, pese a lo espinoso de la cuestión de las taxonomías literarias. Podremos estar o no de acuerdo con las definiciones que propone, pero no cabe negarle el mérito de intentar caracterizar lo que aún hoy dista de tener una definición que, con todos los matices necesarios, sí posee la ciencia ficción.

A la tentativa de Lumbreras Martínez seguirán otras en números futuros de *Hélice*. Así lo esperamos para que vaya creciendo una nueva rama de su árbol. Otras ya han florecido e incluso dado fruto, como la brotada a resultas de la convocatoria de un monográfico sobre el paisaje y la ficción especulativa. Tras los estudios publicados en el número anterior, en este acabamos de publicar los cuatro restantes, cuya calidad creemos similar a la de los anteriores. Conste nuestro agradecimiento a Jonathan Hay por haber querido editar también esta parte en inglés de las Reflexiones del número de *Hélice* que los lectores tienen ahora a su disposición y que deseamos disfruten con salud y plena satisfacción.